

RESEÑAS

RAFAEL LAPESA, *Historia de la lengua española*. Prólogo de don Ramón Menéndez Pidal. 2ª ed., corregida y aumentada. Escelicer, Madrid, s. a. [1951]; 383 pp., con 4 mapas a colores.

Cuando, en 1942, apareció la primera edición de esta obra, fué recibida con general aplauso, pues venía a cubrir un claro en la ciencia lingüística española. Los reparos y sugerencias que entonces se hicieron al libro fueron debidamente escuchados por su autor, el cual siguió reuniendo datos y consultando muy diversas fuentes de información relacionadas con su trabajo. Fruto de ese interés y preocupación constantes es esta segunda edición de su *Historia de la lengua española* que, siendo en lo esencial semejante a la primera, presenta modificaciones y ampliaciones de indudable valor.

De los diecisiete capítulos en que está dividida la obra, nueve se han mantenido sin cambios apreciables: el capítulo II (*La lengua latina en España*), el VI (*El español primitivo*), el VII (*Primitivos dialectos peninsulares*), el IX (*La época alfonsí y el siglo XIV*), el X (*Transición del español medieval al clásico*), el XII (*El español del Siglo de Oro*), el XIV (*El español moderno*), el XVI (*El judeo-español*) y el XVII (*El español de América*). Los ocho restantes han sufrido modificaciones y ampliaciones de mayor o menor importancia, de manera muy especial el primero (*Las lenguas prerromanas*), aumentado en unas diez páginas y rehecho en multitud de detalles, y también, en menor medida, el cap. IV (*Época visigoda*).

Por lo pronto, el libro ha mejorado muchísimo en el aspecto bibliográfico. Del primero al último capítulo —con excepción, acaso, del segundo—, Lapesa aumenta notablemente la lista de libros y artículos. Si bien algunos de ellos pueden considerarse hoy como anticuados, la mayor parte de la bibliografía está formada por estudios aparecidos entre 1942 y 1950. La utilidad del libro, a este respecto, ha aumentado en un cien por ciento.

Confrontando una a una las páginas de la primera con las de la segunda edición, puede advertirse inmediatamente que el autor ha revisado a fondo su libro, siguiendo siempre un criterio mucho más cauteloso que en 1942. Sus afirmaciones no son tan categóricas como en la primera edición. Así sucede, entre otros muchos casos, en el cap. I, donde Lapesa modifica su primitiva afirmación de la afinidad entre iberos y tartesios, que deja ahora en simple suposición (p. 12). Lo mismo en el cap. III, cuando se refiere al tan discutido problema de la filiación del catalán; en un principio, haciéndose eco del estudio de AMADO ALONSO, "La sub-

agrupación románica del catalán”, *RFE*, 13 (1926), 1-38 y 225-261, Lapesa defendía la raíz esencialmente iberorrománica del catalán, lengua sobre la cual pesó “durante varios siglos el influjo de la provenzal”. Ahora, en cambio, se muestra más cauto y se limita a proporcionar abundante bibliografía sobre el tema (nota 1 de la p. 73). Gracias a este rigor científico, el libro mejora en gran medida. Las opiniones que en la redacción primitiva se emitían con cautela han sido, en muchas ocasiones, confirmadas por estudios posteriores. Tal es el caso de la transformación de la *s* española en *x*, que Lapesa no se atrevió a considerar categóricamente como debida a influjo árabe; más tarde, AMADO ALONSO (“Trueques de sibilantes en antiguo español”, *NRFH*, 1, 1947, pp. 5 y 6) probó cuán acertada era la posición de Lapesa.

Son también abundantes las correcciones de detalle. Por ejemplo, la que se refiere a la evolución semántica de *paganus* (p. 49) en su acepción, no de ‘aldeano’, sino de ‘paisano, civil’, por oposición al nombre que se daban a sí mismos los cristianos (*militēs Christi*). También juzgamos acertada la modificación de la frase en que Lapesa hablaba de la dudosa separación del “mundo interior de musulmanes y cristianos” (p. 83 de la 1ª ed., y 101 de la 2ª).

Más numerosas aún son las ampliaciones diseminadas a lo largo de la obra, adiciones oportunas y convenientes en su totalidad. Así el párrafo de las pp. 18-19, en su mayor parte de nueva redacción, que lleva el subtítulo de “Las lenguas de la España prerromana”. Así también las observaciones referentes a los demostrativos *hic*, *iste*, *ille* (p. 66). El cap. IV ha sido bastante ampliado, en especial por lo que respecta a los primeros pueblos germánicos que invadieron la Península (pp. 83-85) y al vocabulario de origen visigodo. Otra adición interesante es la de las pp. 139-140, sobre la inmensa importancia que, para el desarrollo de la poesía occidental, tuvo la lírica mozárabe. Para no citar demasiados ejemplos, mencionemos finalmente el nuevo apartado sobre “Arabismo semántico, sintáctico y fraseológico” (pp. 108-109), única adición importante del cap. V, la ampliación del párrafo en que habla de los lusismos introducidos en el español (p. 254) y el párrafo —nuevo en su totalidad— que se dedica al habla de las islas Canarias (pp. 314-315).

Lejos de creer, como algunos han hecho, que tales adiciones perjudican la unidad íntima de la obra, nosotros las consideramos necesarias y dignas de elogio; pero, a juicio nuestro, deberían extenderse al resto del libro, pues se aprecia cierta desproporción entre unos capítulos y otros. Lapesa estudia con bastante detalle y esmero todo lo concerniente a los substratos del latín de España (cap. I, 27 pp.), al latín clásico y vulgar (caps. II y III) y a las primeras fases del español medieval (VI, VII y VIII), lo cual es magnífico, y aun sería de desear mayor amplitud y precisión en algunos puntos. En cambio, otros aspectos aparecen tratados muy escuetamente, como la influencia del romanticismo en nuestra lengua (poco más de tres páginas en el cap. XIV).

El cap. V, dedicado al análisis del elemento árabe en el español, es uno de los más amenos de la obra, pero también uno de los que, en nuestra opinión, resultan más rápidos y esquemáticos; nos parece que no

queda bien señalada la importancia que el árabe tuvo en la vida y evolución de nuestro idioma. Además, puesto que la obra de Lapesa se propone cumplir con una función docente, habría sido de desear una explicación más detallada del origen de las palabras árabes y sus significados; la interesante historia de muchos arabismos habría llamado la atención del lector aficionado o simplemente curioso, ayudándole a retener esas palabras en la memoria. Un ejemplo: en la p. 99, Lapesa se limita a destacar la estimación en que se tenían "las preciosas arquetas de *marfil* labrado". Una alusión a la etimología del vocablo (ár. *al-fil* 'elefante', junto a *nāb-al-fili* 'diente de elefante', de donde el esp. *marfil*) habría sido muy útil, sobre todo para los lectores que se inician en estos estudios (cf. C. TAGLIAVINI, *Le origini delle lingue neolatine*, 2ª ed., Bologna, 1952, p. 273, nota 2). Lo mismo puede decirse de la etimología de *cenit* (p. 101) y de *acimut*: el plural del ár. *a(l)-samt* 'camino, dirección' es *a(l)-samut*, de donde viene el esp. *acimut*; de la forma singular y sin artículo (*samt*, *semt*) se formó el esp. *cenit*, por una falsa lectura de la *m*, interpretada como *ni*: *semt* > *senit* (cf. TAGLIAVINI, p. 271). En resumen, nos parece que Lapesa debió por lo menos haber precisado la forma original de algunos arabismos, como hace con muchas voces prelatinas y visigodas que han quedado en el español. Por otra parte, se citan arabismos poco conocidos o por completo olvidados, y se omiten otros de más frecuente empleo, como el ya citado *acimut*, *jaque* (< persa *sāh mat*, literalmente 'el rey, muerto', de donde el esp. *jaque mate*) y *cero* (Lapesa, en la p. 101, menciona sólo *cifra* < ár. *çifr*, palabra que significaba originariamente 'vacío' y que ya entre los matemáticos árabes servía para designar la ausencia de cantidad; este valor lo conserva justamente el esp. *cero*, derivado también de *çifr*: cf. TAGLIAVINI, p. 270, y *REW*, 7902a. 1).

También hacen falta mayores precisiones en el cap. xvii (*El español de América*). La expresión "en América" que emplea Lapesa al hablar de ciertos fenómenos lingüísticos resulta muy vaga si se tiene en cuenta la cantidad e importancia de las variedades fonéticas, léxicas, morfológicas y sintácticas que se observan en el español de los distintos países hispanoamericanos. Sería necesario localizar con mayor exactitud los fenómenos.

Permítasenos hacer algunas observaciones particulares sobre este cap. xvii. En la p. 336 habla Lapesa de la vitalidad que en América tiene el sufijo *-ada* para la formación de colectivos. La afirmación es exacta, pero hay que señalar que el sufijo se emplea más aún para la formación de sustantivos verbales significativos, componentes de múltiples perífrasis verbales. En tales casos, los auxiliares más frecuentes son *dar*, *echar*, *pegar*, *hacer*: "Me di una cortada", "Date una asomadita" (véanse nuestras *Observaciones sobre la sintaxis del español hablado en México*, México, 1953, § 96; construcción general en América según KANY, *American Spanish syntax*, Chicago, 1945, p. 15).

Arcaísmo sintáctico (p. 333) de gran importancia por su extensión es el empleo de la preposición *a* con el verbo entrar o semejantes: "entró a la casa", "se metió al cine", "fue introducido al carro" (cf. HENRÍQUEZ UREÑA, *BDH*, t. 5, § 95; KANY, pp. 340-342; y nuestro trabajo citado, § 19c).

La perífrasis *ir* + gerundio (p. 334) tiene otros valores aspectuales: terminativo (“¿Cuánto voy a tener que esperarte? —*Voy terminando*”, es decir, ‘estoy a punto de terminar’), perfectivo (“*Voy llegando* ahorita”, esto es, ‘acabo de llegar’) e incoativo, con significado futuro (“No te pasará nada: *vamos haciendo* una cosa...”). También la perífrasis *querer* + infinitivo puede emplearse en vez del futuro (p. 334): “Eso es lo que *quiero hacer*: mañana mismo me voy en el directo”. En general, las formas perifrásticas tienen un empleo más constante y libre en América que en España.

Lapesa no detalla (p. 335) los diversos significados de *no más* y de *recién* (cf. KANY, “American-Spanish *no más*”, *HR*, 13, 1945, 72-79, y “American-Spanish *recién*”, *ibid.*, 169-173), y parece olvidar el cambio sintáctico de mayor importancia —por cuanto es cambio significativo— que se observa en el español de muchas zonas hispanoamericanas: el empleo de *hasta* como expresión de límite inicial (“viene *hasta* las tres” por ‘viene a las tres’; “será sepultado *hasta* hoy”, etc.). También es frecuente el uso de *desde* con verbos perfectivos, sin su significado temporal o espacial propio: “*desde* el jueves desembarcó X”, “*desde* ayer llegó a México el señor F.”

La desaparición de *y* procedente de *ll* en contacto con *i* (p. 331: *gaina* ‘gallina’) es fenómeno más amplio, pues a veces se produce en contacto con otras vocales (*botea* ‘botella’, *aquea* ‘aquella’). La sustitución de *nuestro* por *de nosotros* (p. 334) es frecuente también en México. El verbo *vivar* ‘dar vivas, vitorear’ rebasa el lenguaje periodístico, y se emplea más en la forma *avivar*. Sería preciso distinguir, al hablar de la fuerte tensión de la *s* mexicana (p. 325), entre *s* intervocálica y *s* final de sílaba, sobre todo cuando se relaja la vocal precedente (*ant^{es}*, *ant^s*), en cuyo caso sí es posible hablar de fuerte tensión articulatoria. La *d* de la terminación *-ado*, claramente articulada en la conversación común (p. 338), forma parte de un fenómeno mucho más general, que podría resumirse con las siguientes palabras: la articulación de los sonidos consonánticos, en especial de grupos complejos (*transkribir*, *eksakto*), se produce en México con mayor nitidez y perfección que en España; no así por lo que respecta a las vocales, fuertemente relajadas, incluso en la pronunciación de personas cultas (*ant^s*, *palabr^s*, *viej^sit^o*): cf. P. BOYD-BOWMAN en *NRFH*, 6 (1952), 138-140. Otro estudio de BOYD-BOWMAN (*ibid.*, pp. 69-74) hará sin duda que Lapesa rectifique, en la próxima reedición de su libro, lo que dice acerca de la zona lleísta de México. (Boyd-Bowman prueba definitivamente la inexistencia de lleísmo en este país, y además hace la historia de la afirmación contraria, que ha ido pasando de un manual a otro desde el año 1910).

Sólo nos resta hacer algunas observaciones de detalle. En la p. 121 incluye Lapesa entre los galicismos la palabra *mesón*; el galicismo no es *mesón*, sino la variante *maisón*, atestiguada en Berceo (cf. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español*, § 121, y *Manual de gram. hist. esp.*, § 172, nota 1: *maisón*, con su *ai* tardío, distinto del cast. *mesón*).

La afirmación de que “el latín vulgar conservó sólo *grandis*” (p. 59) puede ser causa de confusión; *magnu*, como es sabido, subsiste en la toponimia, y además en la palabra *tamaño* (cf. *REW*, 5231).

La palatalización castellana del grupo *pl-* inicial (*lleno*, etc.) no es precisamente prueba de semejanza con el vascuence (p. 29), ya que la palatalización se produce en otros muchos puntos de la Romania, y aun en grado más avanzado (cf. D'OVIDIO y MEYER-LÜBKE, *Gramm. storica della lingua e dei dialetti italiani*, Milano, 1932, § 71). La semejanza radicaría más bien en la clase de articulación lateral mantenida por el vascuence y el castellano (véase MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes*, § 102).

En el cap. xvi, dedicado al judeo-español, sería conveniente señalar la interesantísima transformación de toda *rr* vibrante múltiple en *r* simple, que se produce en algún habla sefardí (cf. DENAH LEVY, "La pronunciación del sefardí esmirniano de Nueva York", *NRFH*, 6, 1952, p. 279). En general, todo este capítulo merecería una ampliación, pues al lector curioso o aficionado no le resulta fácil consultar los estudios que versan sobre el tema. En la próxima reedición de su obra, ampliará Lapesa, sin duda, el párrafo (p. 139) en que habla del descubrimiento de las muwá-shahas árabes y hebreas, destacando aún más la importancia que este género pudo tener con relación al nacimiento de la lírica occidental. En el momento en que se publicaba la segunda edición del libro que comentamos, aún no se apreciaba claramente la trascendencia de esa lírica.

Los capítulos ix a xiii —los más personales y originales— estudian quizá con demasiada amplitud las corrientes literarias y estilísticas de los siglos de fijación y esplendor de nuestra lengua. Creemos que hubiera sido conveniente estudiar en igual medida el lenguaje popular, cotidiano y vivo de esa época. Hay también alguna desproporción entre estas apreciaciones estilísticas de los clásicos castellanos (pp. 203-236) y las noticias referentes a la influencia árabe, al romanticismo y a los movimientos literarios más recientes. Por último, al referirse a la sintaxis de Quevedo (pp. 227-230), Lapesa se limita a hacer acertadas observaciones sobre la sintaxis de las partes de la oración y de determinadas expresiones o construcciones, pero nada dice de la sintaxis de la frase, cuya evolución bien puede caracterizar muchas de las épocas de la historia de la lengua. Hubiera sido utilísimo señalar, por ejemplo, la intensa subordinación típica del siglo xvii, cuando el período se amplía a través de formas hipotácticas extraordinariamente complejas. La concisión de Quevedo —sirva como ejemplo— es en lo fundamental una concisión ideológica, pero de ningún modo estilística, oracional. Las cláusulas de Quevedo suelen encerrar innumerables proposiciones que se encadenan interminablemente, subordinándose unas a otras a lo largo de una escala descendente que refleja a la perfección toda la complejidad y sutil arquitectura de su pensamiento.

Nuestro objeto, al hacer las anteriores observaciones sobre este libro que apreciamos y admiramos, es ofrecer al profesor Lapesa unas pocas sugerencias; nos parece que sería conveniente desarrollar todos los capítulos de la obra en forma más armónica y acorde, tanto por lo que respecta a la extensión de cada uno de ellos, cuanto por lo que atañe al rigor y precisión de las noticias en ellos contenidos.

JUAN M. LOPE

El Colegio de México.